



UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
PRIMER CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE COLOMBIA



Trabajo de Grado
Comunicación Social para la Paz
Énfasis en Periodismo

El drama de un viaje sin retorno
Crónicas de migrantes: Sin visa para soñar

Escrito por
Brenda Rocio Cuadros Caldas

Escrito bajo la dirección de:
Álvaro Lizarralde Díaz

Bogotá, diciembre de 2018

Índice

Introducción.....	3
El drama de un viaje sin retorno.....	5
Un amor que superó las fronteras.....	14
La historia de una doble víctima de ‘las maras’.....	30
La osadía de desafiar una frontera.....	38

Introducción

Durante los últimos años, diferentes grupos sociales han sido discriminados y silenciados en varias ocasiones por el presidente norteamericano Donald Trump, incluso mucho antes de iniciar la carrera por el mandato de los Estados Unidos, cosa que los medios internacionales se han encargado de registrar debidamente.

Tal conducta es la muestra de una tradición discriminatoria al interior del país, que ha sido negada bajo unos ideales de libertad, seguridad, solvencia económica e igualdad; en el intento de ocultar muchas problemáticas internas que contradicen dicha creencia.

Una de las poblaciones más afectadas son los extranjeros, provenientes de países en vías de desarrollo. Basta rastrear un par de sus discursos de Donald Trump para darse cuenta de las insistentes y directas arremetidas en contra de migrantes centroamericanos, en su gran mayoría, que por ser tan cercanos geográficamente han tenido que escuchar en exceso sus ofensas.

El deseo de residir en el territorio que promete el sueño americano es más fuerte que el riesgo de ser discriminado, deportado o judicializado, razón por la que el cruce ilegal de migrantes hacia los Estados Unidos no cesa. Con una promesa de progreso, llena de beneficios y arandelas positivas, se han dejado conquistar quienes viven situaciones dificultosas en su lugar de origen. Por lo que, sin importar el lugar de procedencia, ni los obstáculos que acarrea el abandono de sus pertenencias y seres queridos, muchos deciden aventurarse para ser parte de la utopía.

Pero, ¿qué tan real es la promesa de libertad y desarrollo económico en un país desconocido, al que muchos llegan sin amparo legal, enfrentándose a la xenofobia y explotación laboral, por parte de los habitantes de un territorio que no los quiere allí,

pero que sabe que los necesita para mantenerse? Esta es la pregunta que guió la investigación.

De este modo, a través de un estricto seguimiento a la población indocumentada en el sur de La Florida, se analizaron las situaciones particulares a las que se han visto expuestos, desde el momento en que decidieron partir de sus hogares, el proceso que viven durante el desplazamiento y su estadía en los Estados Unidos, identificando así sus formas de organización como comunidad y la percepción en su entorno social.

Esto, además, con el claro objetivo de empoderar a la comunidad indocumentada en Estados Unidos y concientizar a sus compatriotas, para sentar una base que establezca redes de apoyo y construya alternativas de Paz. Por ello, en el reportaje, se visibiliza a grandes rasgos la problemática, para dar paso a tres crónicas individuales, que le dan un rostro y humanizan el relato puntual de cada historia.

Cabe resaltar que la reconstrucción de cada historia estuvo llena de un sinnúmero de obstáculos que limitaron en diversos aspectos la relación con los protagonistas. Estas personas se han visto expuestas a situaciones tan difíciles que no se abren fácilmente a contar sus historias, tienen miedo de hablar, tienen miedo de confiar y perder todo lo que han logrado alcanzar.

Por ello, establecer esa relación de confianza y mostrar que tales conversaciones estaban en una zona segura para ellos fue lo más complejo y, además, lograr hacerlos recordar los obstáculos que enfrentaron despertó el dolor en ellos, cosa que también demandó de gran esfuerzo para continuar con el proceso.

Este texto es resultado de un arduo trabajo de investigación, desde la recolección de datos y trabajos previos, el proceso con cada actor y los expertos consultados, hasta la construcción del producto periodístico.

El drama de un viaje sin retorno

Sin dinero, pero llenos de ilusiones los inmigrantes indocumentados emprenden un viaje sin regreso en búsqueda de mejores condiciones de vida de las que gozan en sus países de origen. En ese camino, la gran mayoría, se topa con numerosos abusos y humillaciones, situaciones.

Estados Unidos se ha vendido, a lo largo de la historia, como el territorio de la libertad, al que pueden llegar migrantes de todas las nacionalidades, dejando atrás sus culturas, respirando nuevos aires con autonomía y determinación para tomar sus propias decisiones.

Sin embargo, pese a esa promesa de libertad, acompañada de seguridad, solvencia económica e igualdad, existen muchas problemáticas internas que contradicen dicha creencia, como el auge de un sector estadounidense conservador que parece menospreciar las minorías, un comportamiento latente, pero escondido, que estalló con la llegada del empresario Donald Trump a la presidencia.

Aún cuando la conducta del primer mandatario es polémica, y hasta incorrecta para muchos, no es un secreto que fue una influencia importante para lograr el voto que lo llevó al poder en 2016 y su lugar allí ha sido un espaldarazo para los grupos que promueven la violencia.

Un ejemplo claro de ello fue su declaración frente al asesinato de una mujer en el Estado de Virginia, cuando un hombre neonazi decidió atropellar a las personas que se oponían a una manifestación de grupos de la extrema derecha supremacista y sus demandas discriminatorias. En esa ocasión el mandatario decidió condenar el acto racista, en primera instancia, pero al día siguiente se retractó y dijo que era culpa también de las víctimas por provocar a los manifestantes racistas.

Una de las poblaciones más afectadas son los extranjeros provenientes de países en vías de desarrollo. Basta rastrear un par de sus discursos para darse cuenta de las insistentes y directas arremetidas en contra de migrantes como los mexicanos, que por ser tan cercanos geográficamente han tenido que escuchar en exceso sus ofensas: *"México se ha aprovechado de EE.UU. durante ya mucho tiempo. Los masivos déficits comerciales y la poca ayuda en una frontera muy débil deben cambiar, ¡AHORA!"* publicó Trump en Twitter tras siete días de su posesión como presidente, registró la BBC Mundo, antes de que en noviembre del 2017 fuera eliminada la cuenta por un empleado de Twitter en su último día de trabajo.

Según afirman medios locales, la nueva administración parece estar interesada en reforzar las políticas migratorias y criminalizar el fenómeno a como dé lugar. El diario The New York Times ha registrado en varios de sus artículos que la asonada de comentarios despectivos por parte del Presidente Trump son su único argumento para promover sus iniciativas, pese a los límites de poder que le impone la democracia a su cargo.

En sus primeros días de gobierno, causó tal revuelo con el tema que el cruce ilegal por las fronteras disminuyó alrededor del 70%, según reportó el NY Times. Además, las capturas de inmigrantes aumentó cerca del 40% y el departamento de Justicia realizó contrataciones masivas de jueces para acelerar las deportaciones.

Mientras que los gobernantes de las llamadas *Ciudades Santuario* se manifestaron a favor de los inmigrantes, asegurando su protección, por lo que el mandatario firmó una orden ejecutiva reteniendo su presupuesto de financiación mientras no se unieran en su lucha anti-inmigrante.

"Vamos a continuar siendo una ciudad santuario. No hay extraños entre nosotros. Le damos la bienvenida a la gente", ha manifestado en redes sociales Rahm Emanuel, Alcalde de Chicago. Por su parte, el Alcalde neoyorquino, Bill de Blasio escribió: "Permanecemos unidos. Para la gente trabajadora, familias de inmigrantes, entre nosotros".

Aún más severa fue la “alternativa nuclear”, impulsada para disuadir a los inmigrantes de ingresar ilegalmente a Estados Unidos. Con ello, las familias que fueran detenidas durante el viaje serían separadas, alejarían a los niños de sus padres. La iniciativa causó gran polémica, pues los niños estaban siendo enviados a refugios improvisados, en condiciones deplorables.

La politóloga colombiana, Alicia Peñaranda, califica las medidas de arbitrarias y asegura que estas acciones son muy peligrosas por la figura de poder que representa Donald Trump: “Al reproducir estos discursos de discriminación sólo logra hacerlos más valederos ante la sociedad, manipula y genera violencia, lo que podría desencadenar una grave situación humanitaria”.

Para muchos, el deseo de residir en el territorio que promete el sueño americano es más fuerte que el riesgo de ser discriminado, deportado o judicializado, razón por la que el cruce ilegal de migrantes hacia los Estados Unidos no cesa.

Con una promesa de progreso, llena de beneficios y arandelas positivas, se han dejado conquistar quienes viven situaciones dificultosas en su lugar de origen. Por lo que, sin importar el lugar de procedencia, ni los obstáculos que acarrea el abandono de sus pertenencias y seres queridos, muchos deciden aventurarse para ser parte de la utopía.

Causas del fenómeno migratorio

Al utópico sueño americano, se le suman diversas razones que desencadenan este fenómeno migratorio. Algunas personas manifiestan que abandonan sus países por los problemas internos que se presentan en materia social, política y económica.

Según el licenciado dominicano Ronny Peña, experto en políticas migratorias, toda persona, que de una u otra manera, se siente inconforme con el estilo de vida o con las perspectivas de futuro que envuelven su lugar de origen se encaminan a provocar un cambio que, generalmente, contiene una posible salida de su país.

El experto asegura que el factor económico es la principal causa de migración, pues, cuando una persona se ve amenazada por la escasez, suele tomar decisiones drásticas, que no solo involucran el desplazamiento espacial, sino que desemboca en otras consecuencias sociales.

Peña manifestó que los altos índices de violencia en los países latinoamericanos son a causa de la desigualdad social generada por esas carencias económicas mencionadas anteriormente y, también, genera migración.

El Instituto Brasileiro de Pensamiento y Acción, *Igarapé*, que enfoca su trabajo en cuestiones emergentes de seguridad y desarrollo, reportó en su balance más reciente que los índices de violencia en estos territorios incrementan rápidamente. La tasa regional de homicidios es de 21,5 por cada 100.000 habitantes, concentrando 17 de los 20 países con más homicidios del mundo: El Salvador, Venezuela, Honduras, Brasil, Guatemala, Colombia y México la encabezan. ([Ver informe](#))

Esta cifras revelan los problemas internos de estas naciones, que comparten como generalidad: guerrillas, pandillas, narcotráfico y otras formas de crimen organizado, que se replican rápidamente por la ausencia del Estado en las zonas de alta delincuencia, además de la falta de eficacia en las políticas estatales que, según Peña, son volátiles e inconstantes: “Los países cuyos gobernantes piensan primero en su interés personal que en el del pueblo, y no brindan garantías de empleo, estabilidad laboral, salud y pensión son más propensos a que sus ciudadanos se encaminen a otras dinámicas, que en el mejor de los casos terminan en la búsqueda de esa calidad de vida que ofrece la nación norteamericana”.

Otro factor importante es la ausencia de derechos ciudadanos, pues en estos territorios el gobierno es incapaz de brindar garantías para el acceso a la educación, que es del 55% para básica secundaria en población de escasos recursos. Tan sólo el 30% accede a salud de calidad y la crítica situación de violencia contra la mujer, según las Naciones Unidas, que además señala la intolerancia contra la comunidad LGBT, razones que hacen más atractiva la vida en los Estados Unidos de América.

El viaje

Llegar no es tan sencillo como lo pintan: más del 40% de los inmigrantes han viajado como turistas, mientras que el porcentaje restante cruza las fronteras de forma ilegal.

La frontera con México, por ejemplo, está plagada de ‘vendedores del sueño americano’. Los ‘coyotes’ o ‘polleros’ se dedican al tráfico de personas por la frontera, lucrándose del negocio de crear rutas a lo largo de Centroamérica para ayudar a pasar ilegalmente a personas de todas las nacionalidades.

Benito Romero, de origen hondureño, cuenta que sus tíos, que ya habían cruzado la frontera en ese entonces, contrataron un ‘coyote’ para que los reuniera en San Diego, California. Arrancaba en Tegucigalpa, donde conoció a sus compañeros de viaje, personas provenientes de diferentes países, no solo latinoamericanos, sino también asiáticos, árabes y africanos.

El licenciado Peña, asegura que a las bandas no les importa el medio, ni las condiciones en que transporten a los migrantes: “El objetivo de estos grupos es no sólo llevar a los migrantes, sino hacerlo lo más rápido posible, porque ya no les interesa la persona, sino que los ven como mercancía, y entre más rápido se deshagan de ellos, mejor”.

Romero dice que durante la larga travesía que tuvo que soportar sucedieron muchas cosas: las mujeres que hacían parte del viaje fueron violadas, cárteles mexicanos los secuestraron y hasta sus guías los abandonaron. Eso sin contar las necesidades básicas que tuvieron que pasar durante el trayecto.

Según un informe presentado por el *Movimiento Migrante Mesoamericano*, en 2015 eran atacadas sexualmente 7 de cada 10 mujeres y todas han sufrido el acoso durante la migración al sueño americano.

Adicionalmente, en 2017 México registró 312 migrantes desaparecidos, sin embargo, la organización señala que las estadísticas con que se cuenta son intrínsecamente incompletas e insuficientes, debido a la falta de mecanismos apropiados de denuncia y voluntad del gobierno para investigar adecuadamente dichos casos.

Pero el drama no termina allí, un informe presentado por el portal guatemalteco *Prensa Libre* detalla que cerca del 70% de las personas que intentan, pero no logran cruzar la frontera, acaban suicidándose por la depresión que les genera regresar a sus lugares de origen.

“El impacto psicológico de aquellos que son deportados es fuertísimo, debido a que en las comunidades rurales consideran una vergüenza el que no hayan logrado pasar; además, son vistos como perdedores, chambones o fracasados” señala el medio.

Estos factores visibilizan un fenómeno para muchos inexistente, pues la presión que ejerce el Estado norteamericano sobre México ha incrementado la dureza de las políticas en el país azteca y con ello los reportes por abusos de autoridad policial sobre viajeros detenidos y, posteriormente, deportados a sus países de origen.

La vida de los inmigrantes indocumentados en Estados Unidos

Según reportes de la Organización de Naciones Unidas, en el país norteamericano residen cerca de 60 millones de inmigrantes latinos, lo que supone un 16% de la población total de Estados Unidos, de los que, aproximadamente, 11 millones son indocumentados.

Los cinco estados con la mayor población hispana son California con 16 millones; Texas, con 11 millones; Florida, seis millones, Nueva York, cuatro millones y medio, e Illinois, tres millones. Particularmente en Miami, ubicada en el Estado de la Florida, se encuentran alrededor de seis millones de hispanos y más del 60% del total de su población ascendencia latina.

Miami ha sido una de las ciudades de gran acogida para los latinos. Según el licenciado Peña, el Estado del sol se beneficia de los negocios propios, el trabajo y la creatividad de sus inmigrantes, pues trabajan en las industrias más vitales de la ciudad y pagan oportunamente sus impuestos, incluso cuando no tienen un estatus legal establecido.

Muchas de las personas que no cuentan con permiso de trabajo, ni con ningún tipo de documentación que les permita establecerse legalmente en el país, son vulneradas en sus derechos fundamentales. Tal es el caso de Luis Capa, un mexicano con raíces indígenas, que ha vivido por más de 15 años en la ciudad de North Miami Beach, pero su vida no ha sido muy feliz allí.

'Luchito', como los llaman sus compañeros de trabajo, llegó como 'mojado' por la frontera y ha estado separado de su familia la mitad de su vida. Le ha tocado a lo largo de su estadía en Miami sufrir en empleos que no están legalmente establecidos y con jefes que solo han aprovechado su situación para pagarle poco dinero, imponerle cargas horarias muy extensas y chantajearlo con 'venderlo a la migra' para que lo deporten, si no hace lo que están exigiéndole.

Al no estar amparados por la ley, los inmigrantes indocumentados no tienen ningún mecanismo para poner en evidencia las represiones y, en algunos casos, las violencias a los que son sometidos, por lo que no les queda otro remedio que obedecer. Don Luis, por ejemplo, cuenta que uno de sus primeros jefes se ganó su confianza hasta saber su lugar de residencia para así amenazarlo con denunciarlo a él y sus vecinos.

El licenciado Peña asegura que esta situación es recurrente. Además, porque las personas indocumentadas suelen vivir en condiciones de hacinamiento con sus compatriotas, por lo que se hace mucho más fácil coaccionarlas. Lo peor del caso, según el experto, es que muchos de los que buscan estas ventajas son latinos que cuentan con sus documentos en regla y solo buscan aprovecharse de sus conregionales.

La situación, además, es incentivada por la legislación estadounidense que no permite a las empresas contratar personas sin papeles, bajo el *Acta de Inmigración y Nacionalidad*, exponiéndolas a cuantiosas sanciones monetarias, ya sea por contratar indocumentados o por no tomar medidas para verificar el estatus de sus empleados.

Estas estrictas normas se endurecen cada día más. Recientemente ha causado gran controversia en la opinión pública la criminalización de los inmigrantes sin documentos, pues por ese solo hecho se les estigmatiza y hasta considera como delincuentes. Las autoridades policiales, por ejemplo, en muchos casos les detienen, y hasta deportan, por su aspecto, obligando hasta a turistas a portar los documentos que verifican que están en una condición regular en el país.

Un agente latino del Departamento de Policía de Homestead, ciudad cercana a Miami, no quiso revelar su nombre por seguridad, aseguró que en varias ocasiones ha detenido inmigrantes sin documentación en carretera, quienes se muestran bastante afectados y buscan todo tipo de excusas para justificar que no cuentan en el momento con papeles.

En el caso particular, el policía comentó que aún cuando se da cuenta de que son inmigrantes ilegales, no los detiene, ni los reporta, siempre y cuando no cometan

infracciones o delitos graves, porque conoce la dura situación que viven y a lo que están expuestos cuando van a los centros de detención para inmigrantes.

Sin embargo, no todos en la institución piensan de este modo y es ahí donde se presentan los abusos de autoridad. La situación ha obligado a muchos a adquirir documentación falsa en el mercado negro y, con ello, han llegado a crear sus propias empresas y surgir legalmente, en medio de la ilegalidad.

Linda Flores Ohlson es activista por los derechos humanos, asegura que agentes del Servicio de Inmigración preparan redadas antiinmigrantes en sus lugares de trabajo, escuelas a las llevan sus hijos y hasta en fechas especiales, cuando saben que se encuentran celebrando. Por ejemplo, a fin de año, se acercan a las zonas en que viven estas personas, generalmente de escasos recursos, con transporte dispuesto para detenerlos.

Aunque los funcionarios desmienten este tipo de accionar, para la activista es claro que estas políticas simplistas, como las guerras contra la pobreza, las drogas, los inmigrantes ilegales y muchos otros asuntos, liderados durante décadas por los gobiernos de turno, no resuelven ni resolverán los problemas del país, pues aún el sistema político no está diseñado para buscar soluciones alternativas y, mientras no sean humanitarias, continuarán siendo vulnerables a estos 'males'.

Por ahora, el futuro de esta población no se define, parece que la administración Trump tiene una guerra contra todos inmigrantes y las personas indocumentadas son cada vez más vulnerables.

Para Flores, sin duda los inmigrantes imponen muchos desafíos para las sociedades, pero también proveen riqueza y oportunidades, el punto es lograr soluciones reales que permitan la integración y el respeto por los derechos humanos.

Un amor que superó las fronteras

A la memoria de Alicia de Triana, su tenacidad para afrontar el mundo con todas las adversidades y el profundo amor que le profesaba a sus hijos.

Alicia nació entre los cafetales, en medio del pesado aire de la zona tropical colombiana, donde el calor casi no permite respirar y detiene toda oleada de viento que viene a refrescar el ambiente. Allí, donde las palmeras más altas tienen hojas brillantes, como si cada mañana una especie de Dios natural las limpiara para mantenerlas resplandecientes. Así lo recordaba ella cada que contaba una historia de su pueblo a sus pequeños hijos y describía cada pedazo de la tierra que llevaba en lo más profundo de su corazón.

Amparo, la mayor de sus hijos y la que mejor recuerda cada cosa de su madre, las historias, la sonrisa, las lágrimas y los abrazos; cuando habla de su la mujer que le dio la vida sus ojos se iluminan y se reverdecen, cambiando de color, con una magia inexplicable que casi transporta al momento específico que narra.

Era una niña feliz, sin ningún lujo, pero llena de sueños por alcanzar. Creció en Calarcá, Quindío, de la mano de su abuela, porque su padre fue una víctima más de la desaparición forzada en el marco del conflicto armado que vivió el país y de su madre nunca supo nada. Una familia tradicional y conservadora, donde no había espacio para las réplicas, sólo se concebía la obediencia en las mujeres.

A los catorce años tenía el cabello a media espalda, llegando a la cintura, las pestañas largas y las cejas espesas, la melanina en su piel lograba darle un aspecto canela y sus labios rojizos combinaban con el sonrojar de las mejillas cada vez que sonreía, con los ojos aguados la recuerda Roberto, el hombre con quien compartió la mitad de su vida y el padre de los tres hijos que tuvo.

Él tenía 28 años y para ese entonces, era muy normal encontrar parejas con diferencia de edades abismales. Así lo fueron ellos dos, cuando sus corazones se encontraron y decidieron ser felices.

Tenía quince cuando de rodillas le pidió matrimonio y ella respondió que sí, estaba feliz de compartir la vida con el hombre del que estaba enamorada, pero aunque la perfección no duró poco, más tarde serían escasos los esfuerzos por mantenerla.

Roberto recuerda con amor su matrimonio con Alicia, se arraiga a los recuerdos que le traen las fotos que tiene en sus manos de aquella modesta ceremonia, que trajo tantos momentos felices a su vida. Se casaron cuando dos semanas después de la propuesta, describe la forma en que sus rizos volaban al ritmo de la brisa tardía y el brillo de sus ojos avellana al dar el sí.

Meses después se fueron a vivir a Bogotá, la abrumadora ciudad en la que se establecieron e iniciaron su vida juntos y al poco tiempo se hicieron padres. Cuenta Roberto que siempre fue una relación estable y la llegada de la pequeña Amparo fortaleció la relación.

Roberto trabajaba en un taller de mecánica, mientras Alicia permanecía todo el día en casa, como mandaba la sociedad de la época, sirviendo a su esposo y cuidando a su hija. Alicia siempre quiso trabajar, pero Roberto nunca la dejó porque podría descuidar la crianza de su hija y las labores del hogar.

El machismo en la sociedad colombiana hace 50 años era agobiante y las mujeres sumisas ante él permitían toda clase de abusos, era un fenómeno tan normalizado que golpeaba a todas las clases sociales, incluso, la educación para las mujeres estaba enfocada a las labores del hogar. Para la época, comenzaban a tener gran auge movimientos de lucha feminista, pero aún no estaban implantados en el país.

Alicia y Roberto solo tenían un pequeño cuarto rentado en el centro de la ciudad y compartían con otras familias el baño y la cocina, cuando se percató de que

nuevamente estaba embarazada, cosa que los obligó a buscar una nueva vivienda y ello implicaba más dinero.

No pudieron mudarse sino hasta los siete meses del embarazo, tiempo durante el que Alicia tuvo que soportar las malas condiciones de la vida que llevaban. La pequeña Amparo ya tenía cinco años y aún dormía en medio de sus padres; tampoco tenían dinero suficiente para comer tres veces al día, por lo que muchas veces Alicia tuvo que quitarse el pan de la boca para alimentar a su hija.

Roberto tampoco estaba feliz con la situación, se daba cuenta del descontento de su esposa y de todo lo que necesitaba su hija, pero era un momento muy difícil para abrir la mente y comprender que ella también podría aportar económicamente al hogar.

Este fue el principio del fin y aunque estuvieron juntos muchos años más, Alicia se cansaba progresivamente de la vida que llevaba. Al cambiar de hogar se fueron para el norte de la ciudad, muy lejos de donde solían vivir. Ahora Roberto trabajaba a dos horas de su hogar y el viaje era muy desgastante, en ocasiones no tenía dinero para transportes y tenía que caminar hasta casa, era muy agotador.

El nacimiento del niño fue un nuevo respiro para la familia, como dicen coloquialmente, llegó con el pan debajo del brazo. La casa donde ahora vivían era muy amplia y en el primer piso contaba con un local comercial, que precisamente acababan de desocupar y decidieron tomar en arriendo.

Los primeros meses allí fueron prósperos, lograr sobrellevar los gastos del hogar y del negocio, en el que vendían mercado y licores. La unión marital también se fortaleció, ahora trabajaban juntos y lograban acoplarse bien a las necesidades que venían apareciendo.

Sin embargo con el pasar del tiempo, las obligaciones de Roberto pasaron a un segundo plano, él decidió preocuparse por banalidades y abandonar paulatinamente a su esposa e hijos.

Ya no dormía en casa, tenía un grupo de amigos con los que salía cada noche a beber. Al principio lo hacía en casa, en el mismo negocio, cosa que para Alicia nunca fue un problema, pero cuando empezó a quedarse por fuera, llegar completamente borracho y alzarle la voz, ella se cansó.

Alicia ya no podía mencionar nada sobre sus amigos, ni sus salidas; era un tema realmente delicado para él, sobretodo cuando había alguna objeción de su parte. Y para ella no era nada fácil sobrellevar la carga del hogar completamente sola, pasó de una etapa en la que no le permitía más que estar encerrada en casa a encargarse completamente de los gastos, quehaceres y educación de sus hijos.

Ella era feliz con todo lo que hacía por su familia, pero no era justa la carga que ahora tenía impuesta, su esposo no le colaboraba en absolutamente nada y solo traía problemas cada mañana.

Él también lo recuerda así, es muy consciente de las razones que lo llevaron a perder a la mujer de su vida. Llegaba a las madrugadas con el bullicio de las borracheras a obligarla a tener relaciones sexuales, con el olor fuerte y desagradable del tufo de su embriaguez, sumado al cigarrillo y sudor de los días en que desaparecía por completo de casa.

Más adelante ya ni siquiera llegaba a buscarla, simplemente a buscar pelea a todas horas. La hacía levantar a la hora que fuera para que sirviera la comida y luego vomitaba, dejaba sus rastros por toda la casa y era ella quien debía hacerse cargo de la limpieza de ello también.

Estaba cansada, pero no era capaz de decir nada. La primera vez que le hizo un reclamo porque traía la ropa desacomodada él la empujó contra el armario, fue un

momento muy fuerte, no solo se sacudieron los objetos que estaban en aquella repisa, sino también su corazón. No podía entender en qué momento había cambiado todo.

Sus hijos iban creciendo, Amparo ya tenía 12 y el pequeño Carlos 8, eran muy pequeños para entender lo que estaba sucediendo. Ella llevaba poco más de 5 años aguantando la situación y vivía momentos en los que sentía que no podía más con lo que estaba pasando, pero sus retoños eran los que la motivaban a seguir adelante.

Ahora era una mujer independiente y su esposo no le servía para nada. Una noche decidió que él no entraría más a casa, finalmente ella era la única que aportaba allí. Pero fue una mala decisión, nadie la apoyó en lo que estaba buscando.

Roberto llegó a las siete de la mañana, como de costumbre, pero se encontró con que la llave que tenía no funcionaba, estuvo en la calle golpeando y gritando por horas. Cuando Alicia pudo ver que estaba un poco más calmado y sus niveles de alcohol habían disminuido, aparentemente, decidió asomarse y entregarle una maleta con su ropa.

Ella le dijo que no soportaba más la situación en la que se encontraban y lo mejor era darse un tiempo para pensar, aclarar sus mentes y tomar decisiones frente a la relación. Su objetivo nunca fue separarse, ella solo creyó que si él la veía decidida y la extrañaba un tiempo, las cosas serían como antes.

Él estuvo en la puerta hasta después de mediodía, pidiendo perdón y prometiendo que las cosas iban a cambiar, pero cuando ella decidió abrir la puerta para dejarlo entrar, parecía un animal sin raciocinio, entró y la tomó del cuello contra la pared, le pegó en el estómago y luego, la jaló del cabello por toda la casa.

Se despertó con los brazos llenos de morados, su cabeza no aguantaba el menor ruido y su respiración se entrecortaba. Alicia se puso en pie, no recordaba nada de

lo que había pasado, cuando vio su reflejo en el espejo, se encontró con una mujer destruida, rota, con los sueños acabados.

Recordó todo lo que había pasado y sentía que la vida no le daba más. Decidió ir a la estación de Policía más cercana, que estaba a dos o tres cuadras de su casa y allí denunciar a Roberto. No fue tan fácil, no encontró más que obstáculos y contras. -Algo hizo pa' que le diera semejante muenda-, dijo uno de los agentes. -¿Está segura de denunciar? Usted se casó y eso es para toda la vida- comentó otro, según recuerda Amparo, que llevó a su madre hasta allí porque estaba en muy mal estado.

No es un secreto que en Colombia siguen ocurriendo este tipo de hechos, no importa la situación física o emocional en que se encuentren las mujeres, con todo y eso, deben sufrir la victimización por parte de los funcionarios de instituciones que se supone están hechas para prestarles ayuda y aunque hay avances frente a la época de Alicia, aún quedan rastros de personas con ese pensamiento.

No le quedó más remedio que regresar a casa y aguantar, quedarse callada para no exponer a sus hijos al maltrato. Nunca pensó que Roberto fuera capaz de hacerle eso, estaba casada con un completo desconocido y no sabía cómo hacerle frente sola, lo último que quería era que sus hijos vivieran ese infierno.

Decidió esperar, esperar un tiempo para que las cosas se calmaran y retomaran la rutina, seguir como estaba, no hacer reclamos y proteger a sus pequeños. La vida se convirtió en un infierno desde ese momento, el maltrato no cesó.

Intentó pedirle ayuda a su familia, pero respondieron algo similar a lo que dijeron en la Policía -Es su esposo y debe estar dispuesta para lo que él quiera- le dijo su madre, ella no tenía la culpa, era lo que la sociedad del momento disponía para las mujeres.

Pasaba el tiempo y todo seguía igual, la rutina de su trabajo y el cuidado de la casa. Alicia hizo algunas amigas en el vecindario y era la única forma de salir de la rutina, una de ellas viajaría pronto a Estados Unidos con su familia, se radicarían allí porque tenían parientes viviendo en La Florida.

Le parecía un sueño tener cerca a alguien que tenía la posibilidad de empezar una nueva vida, alejada de todo lo que vivían en el momento y esperaba que un día llegara esa oportunidad a su vida para dejar todo lo malo atrás. Flor, su amiga, fue a despedirse, ella sabía todo lo que Alicia vivía en casa y le dijo que esperaba que fuera fuerte y que un día saldría de esa tristeza en la que estaba sumida.

El amor por Roberto ya no existía, no quedaba nada de lo que había sentido, ahora solo tenía temor y fastidio, por ese hombre que tanto había amado. Un mes después de la partida de Flor, recibió una llamada, era ella. Le hablaba para decirle que le había enviado un dinero para que hiciera sus trámites de pasaporte y Visa, pero sola, no le alcanzaba para incluir a sus pequeños.

Para Alicia la situación no era tan sencilla, ¿cómo iba a hacer todo sin sus niños? ellos eran su vida y si había alguna razón para que ella aguantara todas las humillaciones eran ese par de niños. Flor la convenció, podría en principio viajar sola y más adelante traerlos, pero para eso ellos debían ser mayores de edad, era seguro que Roberto nunca permitiría que viajaran así no más.

Después de meditar las cosas un par de semanas, decidió hacerle caso a Flor, hizo los trámites y contó con tan buena suerte que le fue aprobada, ahora podría empezar de cero.

En ese momento Amparo tenía 16 y Carlos 11, eran un poco más grandes y conscientes de las cosas que sucedían todo el tiempo con sus padres. No podían hacer nada más que llorar cuando Roberto gritaba o le pegaba a su mamá.

Ella tuvo que hablar con su hija y contarle cada cosa que pretendía hacer, le dijo que tenía que cuidarse muy bien de los maltratos de su padre y negar a toda costa que sabía la decisión que su madre había tomado. Así lo hizo Amparo, cuidó de su hermano como si fuera su hijo propio y solo esperaba con ansias el regreso de su madre.

Mientras Alicia planeaba su viaje pensaba en la suerte de sus hijos que ahora estarían solos, mataba su cabeza pensando en el momento en que volvería a verlos y la cantidad de cosas que podía perderse si se iba, pero no podía aguantar un día más en ese infierno, no con la oportunidad que estaba teniendo.

Pasaron seis meses en los que tuvo que ahorrar el dinero suficiente para cubrir los gastos del tiquete de avión y algo más mientras conseguía trabajo. Flor le explicó el paso a paso para la compra del tiquete y para realizar su viaje.

Amparo recuerda la noche en que su mamá se fue, tuvo que dormir a Carlos y esperar un par de horas antes de la media noche, mientras su padre bebía con sus amigos, su madre emprendía un nuevo camino.

Lágrimas y promesas no fueron pocas esa noche, nunca se habían separado, la una era el tesoro de la vida de la otra y viceversa, no había nada más especial que ese vínculo maternal con su hija mayor. Esperaba verla pronto.

Tomó un taxi y se fue, con sollozos bajo la mirada, subió al taxi y le dejó toda su fuerza a la pequeña Amparo y ella aún la conserva, la mantiene, es su amuleto más sagrado. Tuvo que esperar cerca de 8 horas en el aeropuerto, no pudo irse después porque era peligroso que Roberto se diera cuenta de lo que pretendía hacer.

Años más tarde, Alicia le contaría a Amparo y a Carlos, que fue el momento más doloroso de su vida, se sentía vacía, rota, sin motivación; miraba el despegue con los ojos aguados a través del cristal, sabía que pronto llegaría a su destino, pero no sabía si algún día volvería... Nunca regresó.

Pasaron dos días y buscó la forma más idónea de comunicarse con su hija, en la noche, cuando su padre no estaría en casa. Le falló la cuenta, él sabía que ese sería el momento en que ella llamaría, la conocía bien.

Cuando sonó el teléfono, dejó que Amparo contestara, pero apenas advirtió que era Alicia se lo quitó de las manos - ¿dónde estás mi amor? ¿qué es lo que ha pasado? a dónde has ido?- dijo, como si no supiera todo el daño que le había hecho en los últimos años.

Ella, sin titubear se lo contó todo, ya no sentía miedo y en la distancia no podía hacer nada en su contra. Ese fue el golpe más duro para Roberto, miró en retrospectiva y entendió que la había perdido, no había nada que hacer y en su corazón sintió un fuerte corrientazo.

Cuando se despertó estaba en el Hospital Simón Bolívar, muy cercano a su hogar, estaba solo, pues a Amparo por ser menor de edad no le permitían entrar. Bajo su llanto y los recuerdos del amor, entendió que había sido un cobarde y por ello perdió todo lo que habían construido.

Ella no regresó, estaba preocupada por lo que estaba sucediendo con Roberto, después de todo era el padre de sus hijos, pero ya no existía amor en esa relación. Tenía un tiquete de regreso para dentro de tres meses, pero no creía que lo hiciera válido. Ese era su dolor más grande, estar lejos de su tierra y sentir que jamás regresaría.

Todo allí era abrumador, las amplias vías, los carros lujosos, las grandes tiendas y la vida tan vacía. Flor la recogió en el aeropuerto internacional de Miami, pero cuando llegaron a la casa, Edgar, su esposo no estuvo dispuesto a admitir a Alicia. Decía que -le estaba faltando al respeto a su esposo y era una mala influencia-, sin saber que la idea de todo era de Flor.

Se quedó por esa noche, pero al otro día debía conseguir un lugar para vivir, allí no era admitida. Temprano en la mañana Flor se levantó y la acompañó a buscar una vivienda, tenía un contacto que conocía las grandes mansiones donde buscaban empleadas del servicio internas y consiguieron un lugar temporal.

Una familia uruguaya, una pareja con su pequeña hija de siete años. Ese fue su primer trabajo y uno de los más dolorosos. En la región latinoamericana muchos tienen el imaginario de que las personas con menores condiciones de vida son inferiores y ven en las necesidades del otro la oportunidad de explotarlo. Allí Alicia estuvo cerca de un año, mientras reunía el dinero suficiente para poder irse.

Miami es una de las ciudades más caras de Estados Unidos, debido al auge turístico que representa la zona más tropical del país, por eso no era tan fácil para Alicia irse, conseguir un medio de transporte (pues allí no hay buen servicio público para movilizarse) y un nuevo trabajo.

Durante sus días con esta familia, Alicia soportó un sinnúmero de humillaciones, pero la que más quedó marcada en su memoria, fue para un *Thanksgiving Day* o, el popular *Día de Acción de Gracias*. Las familias que adoptan la cultura norteamericana acostumbran a celebrar las fechas que allí están dispuestas, por ello, para ese día cocinan pavo y comparten con vecinos todo tipo de postres y comida.

Para aquél noviembre Alicia se encontraba cabizbaja, se acercaba navidad y era la primera fecha en que iba a estar tan sola, sin sus niños. Estaba distraída y descuidó la comida que estaba preparando, no fue nada grave, pero se pasó un poco de cocción y al momento de servir, sus 'patrones' la trataron mal y le escupieron en la cara los bocados que le habían dado a la carne.

Esa noche lloró a más no poder, deseó con toda el alma no haberse ido nunca de su hogar a soportar caprichos ajenos y desagradecidos de unos extraños que no tenían nada de buenas intenciones con ella.

La pequeña niña no entendía lo que estaba pasando, tenía gran afecto por Alicia, quien la cuidaba, mimaba y consentía. Sin embargo estaba siendo criada de esa forma y de algún modo adoptaba ciertas actitudes de lo que veía en sus padres. Aún estaba muy pequeña y no era capaz de discernir y caer en la cuenta de los errores que cometía. De no ser por ella, tal vez Alicia habría desistido mucho antes de continuar trabajando allí.

Decidió salir un día de aquella casa, a la medianoche para que nadie notara su partida, al otro día seguramente se darían cuenta de su ausencia muy temprano, cuando tuviera que levantarse a alistar a la niña para el colegio, pero ella no estaría allí para hacerlo.

Tuvo que caminar desde la medianoche hasta la media mañana, lo que le tomaba desde Kendall a Homestead, alrededor de 33 kilómetros durante los que pudo recordar y reflexionar sobre muchas cosas. Habían pasado 10 meses desde que estaba allí y no le había enviado la primer remesa a sus hijos.

Ellos también la extrañaban. Pensaron que su madre regresaría antes de que pasaran los seis meses que podía estar como turista en norteamérica, pero no fue así, esperaban cada noche su llamada, pero no había podido sino ser mensual, porque el poco dinero que ganaba con esa familia nunca le alcanzó; tampoco le permitían salir y mucho menos le hacían un favor de tal magnitud.

Alicia llegó a la casa de Flor, con el rabo entre las piernas, a pedirle al esposo de su amiga que le permitiera unos días allí, mientras estabilizaba su situación. Edgar, sin embargo, había cambiado de parecer, en aquel momento ya no le pareció tan mala idea que la amiga de su esposa estuviera durante un tiempo. No sabía lo que le esperaba.

Alicia era una mujer hermosa todavía, aquella mujer que había descrito antes Roberto no había cambiado demasiado, pasaron cerca de veinte años, pero ella

seguía siendo la misma y, en esencia también, pese a todas las malas experiencias que había sufrido.

Edgar no quería otra cosa que acostarse con ella. Pensó que como estaba sola, no tenía dinero, ni un lugar donde vivir podía aprovecharse de ella fácilmente, pero no fue así, Alicia había padecido muchas cosas y todo ello había forjado su carácter, era una mujer de armas tomar, decidida y leal.

Esa misma noche, el hombre no dudó en pasar a buscarla, le gustaba que era unos diez años más joven que su esposa, con muchas cualidades físicas atractivas, que le parecían deliciosas. Así se lo dijo - me parece delicioso ese caminar y las piernotas que se gasta, me parece delicioso que huelga a perfume barato, pero de hembra-.

Alicia estaba sorprendida de lo que estaba pasando, no creía cierto que este tipo fuera capaz de hacerle eso a la esposa y mucho menos después de lo que había pasado recién llegada. Estaba estupefacta ante esa actitud, decidió cerrarle la puerta de la habitación en la que se alojaba y recostarse, pero Edgar no se rindió, así pasaron muchas situaciones de acoso, teniendo que fingir ante Flor que nada estaba pasando.

Pasados un par de meses la situación se hizo insostenible, tanto que Flor misma sospechaba y acabó viéndolo con sus propios ojos. Alicia se levantó ese día temprano para preparar un tinto y tener el aroma de su tierra un poco más cercano, cuando sintió la presencia de alguien más en la habitación. Era Edgar, que no dejaba de perseguirla por donde fuera.

Llegó con sus frases soeces y el morbo de un hombre que pasados los 60 años pierde el gusto por su esposa y empieza a buscar mujeres más jóvenes para sus fantasías, era grotesco y su físico también. Un hombre pasados los 70 kilos, hasta con mal olor de boca. Se acercó, empezó a tocarle las manos, al tiempo que alababa su belleza, pero para ella era más bien un insulto.

Se sentía vulnerable, pero no dejaba de ser una mujer muy fuerte. Lo empujó y se quitó, al instante llegó Flor, quien estaba anonadada por la sorpresa de los dos. Los nervios se apoderaron de Alicia, ella no quería causarle problemas a la persona que la había ayudado tanto, se apartó de Edgar y calló, él le dijo a su esposa que esa mujer intentaba seducirlo y Flor se dejó cegar por la rabia.

Su amiga, a la que le había brindado una mano en los momentos más difíciles, le estaba destruyendo su familia, le pegó hasta que pudieron quitársela de las manos y la sacó de la casa, le tiró todas sus cosas encima y le gritó un sinfín de insultos.

Alicia no podía hacer nada, estaba segura de que si le decía la verdad a Flor, no le creería, siempre pensaría que la intrusa en sus vidas era ella y de algún modo, se sentía muy culpable. Otro día en el limbo, otro día caminando hasta donde los pies le dieran, a la deriva, bajo el profundo sol que azota el estado de La Florida, aún en época de invierno.

Caminar por esa zona es muy peligroso, muy cerca están los Everglades, los inmensos humedales llenos hierba, serpientes y cocodrilos, periódicamente cientos de personas se reportan desaparecidas allí.

Ya había pasado buena parte de la mañana y seguía caminando por una carretera que parecía sin rumbo, en brazos tenía la poca ropa que le había botado Flor y ya no daba más. Caminar en la noche es cosa diferente y aunque también hace calor, no pega el sol de la misma forma.

Avistó más adelante un sembradío de fresas, muy comunes en la zona, donde habían varias personas trabajando, se acercó y para su sorpresa eran mexicanos. A pesar de llevar poco más de un año allí no había tenido contacto con más gente que la mencionada antes y sentía gran alivio al encontrar personas a las que sentía tan cercanas.

La finca pertenecía a una familia estadounidense de amish, una comunidad etno religiosa, reconocida por su estilo de vida sencilla, vestimenta modesta y tradicional, así como su resistencia a adoptar comodidades y tecnologías. Eran buenas personas y hablaban español. Toda la vida viviendo bajo la tradición del campo y trabajando con latinos, especialmente indocumentados, les había traído muchas cosas buenas.

Este grupo de mexicanos y algunos hondureños compartía hogar en uno de los establos de la propiedad, vivían unos encima de otros, era impresionante ver las condiciones de hacinamiento en las que se encontraban. El establo era una pequeña habitación, apartada de la casa principal y allí no solo dormían los trabajadores del lugar, sino también algunos de sus familiares y personas que trabajaban en propiedades cercanas.

Los amish abrieron un lugar para ella allí y aunque eran buenas personas, los trabajos eran pesados y la convivencia con los demás obreros del lugar era un tema difícil.

Alicia siempre decía que llegar allí fue lo mejor que le pasó hasta el momento, pero también se vio enfrentada a muchas dificultades. Estuvo trabajando allí por dos o tres años, que fueron más bien de tranquilidad, llamaba una o dos veces por semana a sus hijos y estudiaba inglés con los pequeños que iban a las escuelas de la zona.

Era muy dada a los niños, tal vez porque extrañaba con vehemencia a sus hijos, por eso siempre estaba dispuesta a jugar y ellos le tenían mucho cariño. Vivir en el establo era incómodo por las condiciones en las que tenía que dormir, en el piso, solo tenía una pequeña colchoneta y una cobija, se acomodaban casi que unos encima de otros y les faltaba el aire para respirar.

La competencia en el trabajo era fuerte, las personas que estaban allí habían dejado a sus familias, con historias muy parecidas a la de Alicia y por ello, esperaban el

momento de poder reunirse y buscar trabajo para ellos también. Así que, cada que llegaba una nueva oleada de inmigrantes sin documentación se ofrecían a trabajar por menos sueldo y en peores condiciones y eso era una desventaja para ella.

En ese momento una reforma migratoria permitió que los indocumentados en las fronteras pudieran legalizar su estatus. Así lo hizo Alicia, pasaron un par de años más hasta cuando pudo obtener su residencia legal y entonces, hizo la solicitud para que sus hijos pudieran viajar y recibieron el mismo beneficio.

Pasaron casi diez años en ese proceso de adjudicación de la visa para Amparo y Carlos, tiempo en el que Alicia dejó de trabajar en la huerta y pudo iniciar en una cadena de supermercados muy reconocida del país, al tiempo que estudiaba enfermería para que cuando sus hijos llegaran tuviera buenas condiciones que ofrecerles.

Era una luchadora incansable que se enamoró nuevamente, formó un hogar con un hombre cubano que conoció en su trabajo y al finalizar los estudios en salud, ingresó a uno de los hospitales más reconocidos de la ciudad.

Primero le aprobaron el trámite a Amparo, quien inmediatamente viajó a ver a su madre. Tenía 22 años, era toda una mujer y la alegría de su madre era infinita, pero le hacía falta su pequeño Carlos, necesitaba verlo.

Algunos quebrantos de salud empezaron a reflejarse en Alicia, hasta que en el mismo hospital en el que trabajaba le diagnosticaron cáncer de piel. A partir del momento en que lo supo, su salud empezó a deteriorarse rápidamente, no tuvo mucho tiempo para compartir de las ventajas que tenía ese viaje para su hija y no añoraba otra cosa que volver a ver a Carlos.

Era una situación muy dolorosa para Amparo, ella siempre quiso reunirse con su madre y ahora, la veía morir lentamente. Agradecía poder estar allí y ver de su cuidado mientras que su madre no hacía otra cosa que preguntar por su hermano

menor. El cáncer se había desarrollado, al parecer, por el contacto que tuvo con herbicidas durante su trabajo en la huerta de fresas.

Pasaron un par de años más hasta que fue aprobada la solicitud de Carlos y en cuanto lo vio llegar su semblante cambió totalmente. Sin embargo, una semana más tarde falleció.

Dejó para sus hijos, la mitad de una casa que había comprado junto a su nueva pareja, un par de carros que estaba pagando y la posibilidad de realizar su vida en ese país, con un privilegiado estatus de legalidad para que no tuvieran que sufrir nunca lo que ella padeció. Sus ojos no pudieron cerrarse hasta que estuvo reunida con los dos amores de su vida.

La historia de una doble víctima de ‘las maras’¹

Alberto no podía levantar la cara, ni fijar la mirada en los ojos de la persona con la que hablaba; era un hombre tímido y callado, sacarle las palabras era muy complicado, se notaba que la vida le había dejado muchas heridas.

Alberto es un hondureño procedente del municipio de Catacamas, en el departamento de Olancho, hijo menor de una familia de siete hermanos, de los que solo quedan tres: dos mujeres y él, a sus cuatro hermanos los asesinaron ‘las maras’, pandillas establecidas en todo centroamérica.

No hay una zona del cuerpo libre de tatuajes, hasta el rostro, llenos de las cicatrices que les han dejado sus múltiples enfrentamientos con autoridades y otros grupos ilegales, las maras ejercen el poder callejero mediante el miedo y las amenazas, con el objetivo es controlar ilícitos como: trata de personas, extorsión y narcotráfico en el triángulo norte de Centroamérica.

Al cumplir catorce años sus padres le regalaron una gorra de los Lakers, el equipo de baloncesto de Los Ángeles, pero no era original solo fue un detalle que sus padres sabían le recordaría su meta jugar ese deporte y un día llegar a la NBA, pero estos delincuentes se lo arrebataron.

Así los recuerda Alberto, con actitud cruel y desalmada, pues quisieron robarle su regalo y como él no lo permitió, le metieron tres balazos que lo dejaron inválido durante un año, orinando por sonda y bajo un árduo tratamiento que le permitió recuperarse paulatinamente, pero perdió su brazo derecho.

¹ Las **Maras** son unas de las organizaciones criminales más peligrosas y temidas, cuya operación se da en varios países del mundo, principalmente en **Centroamérica** y **Estados Unidos**, pero su propagación ha llegado, incluso, hasta **Europa**.

Como su recuperación fue exitosa, pese a las marcas que dejó en su vida, 'las maras' lo buscaron nuevamente para terminar con lo que habían empezado ya. Alberto cuenta que no les gusta dejar cabos sueltos y él les había visto la cara, lo que significaba un riesgo en caso de que pensara denunciarlos.

Pero Alberto no tenía esa intención, además porque esas mafias también controlaban a las autoridades y estaba seguro de que sería mucho peor tomar acciones legales. Él solo quería recuperarse y poder ayudarle a sus padres, que tanto estaban sufriendo con lo que le estaba pasando.

Tres años más tarde, Alberto estaba acompañado de Germina, su madre, en una de las últimas terapias de recuperación en el patio de su casa cuando los sorprendieron con una asonada de balazos, que le dieron en el pecho a su madre, poniendo fin a su vida.

“Fue el momento más duro de mi vida, un dolor que con nada se puede comparar y que nunca olvidaré”, relata Alberto, con un gesto de tristeza que le apaga la voz. Asegura que hubiese preferido morir antes que ver agonizar a su madre en sus brazos y sentir su sangre correr por su cuerpo, cosa que lo llenó de rabia y lo impulsó a tomar venganza.

Su padre, Jorge Alberto, estaba destrozado, había luchado por sus hijos toda la vida junto a Germina y después de perder a cuatro de ellos, casi no podía soportar que le hubieran arrebatado la vida de su mujer, no aceptaba su pérdida, estaba perdiendo los estribos, la veía todo el tiempo y en las noches le lloraba a su recuerdo.

Para ese entonces solo vivían ellos tres en la casita de latas, donde empezaba la montaña, pues dos de sus hermanas estaban en Tegucigalpa y la menor, había migrado para Estados Unidos con su novio de toda la vida.

La situación era muy difícil de llevar y solo tenía deseos de darle un escarmiento a esos tipos que ya tanto daño le habían hecho. Ese desafortunado deseo fue lo que

les devolvió la esperanza cuando se lo manifestó a su padre, quien le aseguró que no permitiría que se metieran con nadie más de su familia.

Pronto Alberto le dijo a su padre que se fueran de allí, hace mucho que no tenían paz y si viajaban a la capital hondureña podrían buscar ayuda de sus hermanas, con las que hace muchos años no tenían comunicación.

Elsy era la mayor y Daylin la de la mitad. La primera se había escapado a los 16 años porque estaba embarazada y le daba miedo lo que pudieran hacer sus padres; la segunda, por su parte, no pudo soportar el hecho de que mataran a todos sus hermanos y huyó con su novio, porque lo querían reclutar las maras.

Alberto supo que podía buscarlas a través de la familia de alguno de los compañeros sentimentales, y así fue, le dieron las indicaciones pertinentes para encontrar a Elsy, entonces decidieron irse a Tegucigalpa la semana siguiente.

Su padre era vendedor de leche, trabajaba con una familia ganadera de la zona y la repartía por el pueblo en bicicleta. Los mejores días de la venta eran durante el fin de semana, por eso decidieron viajar hasta la próxima, para tener algo de dinero ahorrado y no convertirse en una carga para su hermana.

Uno de los amigos del padre de Alberto tenía un pequeño camión en el que hacía todo tipo de viajes y precisamente, para esos días, tuvo que ir a la ciudad para llevar una carga de frutas, entonces les ofreció un precio más cómodo que el del transporte público por llevarlos y ellos aceptaron.

Partieron temprano en la mañana, cuando el sol apenas resplandecía. Jorge Alberto, padre de Alberto, no hacía más que llorar por abandonar su casita, no estaba llena de lujos, era un techo humilde, pero allí había luchado toda su vida, de la mano de Germina y le partía el corazón dejar en el olvido todo lo que habían construido juntos, pero también sentía felicidad cuando el viento le rozaba la cara,

podía dejar atrás cientos de cosas que lo habían atormentado y recuperar a sus hijas que tanto extrañaba.

Llegando a la ciudad el amigo de su padre tuvo que dejarlos antes de llegar al mercado donde descargaría las frutas, ellos venían en la parte de atrás con los bultos y no quería que los compradores pensaran que se había maltratado la mercancía.

De allí tomaron el bus que les había indicado la suegra de Elsy, entonces preguntaron a otro pasajero cómo llegar a La Laguna, la colonia donde vivía su hermana y amablemente el hombre les comentó que era el mismo lugar para donde iba. Lo que nunca imaginaron es que una vez se bajaron del bus, el hombre los atacó con un cuchillo y les robó las pocas pertenencias con las que contaban.

Tuvieron que acercarse a una tienda para que les indicaran qué hacer allí, pues no conocían nada del lugar. La mujer que atendía parecía asustada con su llegada, nunca los había visto y la zona era bastante peligrosa, Alberto y su padre le explicaron todo lo que les había sucedido y ella quiso ayudarles, les dio dinero para el pasaje del bus y les señaló cómo debían moverse en la ciudad para evitar que los agredieran nuevamente.

Ya en la tarde pudieron llegar a La Colonia, su destino. Entonces, se dispusieron a buscar a Elsy, pero no era tan sencillo como parecía, les llegó la noche y no tenían idea de dónde encontrarla, por lo que sufrieron la noche en un parque de la zona.

Al otro día continuaron con la búsqueda y por fin, casi al mediodía, una mujer les dio razón de Elsy, aseguraba que vivía cerca del parque donde pasaron la noche. Cuando llegaron la sorpresa de su hermana fue muy grande, su alegría de verlos es para Alberto indescriptible ahora.

Recuerda las lágrimas de su padre al conocer sus nietos y su hermana estaba muy cambiada de cómo la recordaba, pues cuando ella se fue él tan solo tenía 12 años y ahora era un hombre.

Lo primero que Elsy preguntó fue por su madre, pero ninguno de los dos pudo responderle, su hermana cargaba en la conciencia la tristeza de haber huido y el dolor que había causado en su madre, siempre había querido regresar y que conociera sus nietos, pero no sabía cómo iba a ser su reacción y el dinero tampoco jugaba a su favor.

Su esposo era ayudante de un camión en el mercado central y ella era mesera en un restaurante cerca de la casa, pero con todo y eso, dos pequeños no eran tan fáciles de criar, ni de mantener.

Alberto no pudo conseguir trabajo allí por su condición física, en ningún lugar lo creían capaz de desarrollar ninguna labor y eso lo tenía muy aburrido allí porque su padre estaba trabajando en el mercado con el esposo de Elsy.

Elsy tenía comunicación constante con Deyanira, la menor de los hermanos, quien estaba en Estados Unidos. En una de las llamadas Alberto le contó de su situación y Deyanira le dijo que se fuera, que viajara con ella y sería mucho más fácil conseguir un trabajo y vivir una mejor vida.

Para él no era una idea descabellada, lo había pensado antes de llegar a Tegucigalpa, entonces habló con su padre y a él también le pareció una buena opción, el siguiente paso era planear el viaje.

Deyanira se puso en contacto con un 'coyote', los encargados de transportar a los migrantes durante esa trayectoria en la frontera. Les cobró 7 mil dólares, tenían que darle la mitad antes del viaje y el resto al llegar. Su hermana costó los gastos y él se dispuso a emprender un nuevo camino.

Lo primero en el itinerario era tomar un bus hacia San Pedro Sula, luego atravesar Guatemala hasta la frontera sur de México, en ese punto, tuvo que surcar selvas y matorrales a pie, con el fin de esquivar las patrullas migratorias.

Ya estando en territorio mexicano contactó al 'coyote' que su hermana contrató para que lo trasladara y quien le tendió una trampa: en Veracruz fue secuestrado, junto a al grupo de migrantes que lo seguían. Tras un par de días de torturas, perpetradas por un cártel mexicano, Alberto logró escapar en compañía de un par de migrantes, aunque no todos pudieron hacerlo.

Alberto relata que en su trayecto desde el sur de México hasta la frontera con Estados Unidos padeció muy malos tratos y toda clase de vejaciones. Debió presenciar la violación de mujeres, sin poder hacer algo al respecto "la gente te trata mal... si te metes, o respondes por alguien, ahí mismo te meten en medio de la línea del tren, te matan".

La parte más crítica estaba por llegar. En la frontera junto al Río Bravo fueron tres días los que Alberto y los demás migrantes tuvieron caminar por el desierto, cuidando siempre permanecer en el grupo, pues hubo otros secuestros en el camino.

Alberto cuenta además que durante ese trayecto tuvo que beber de su propia orina, porque únicamente les daban un pequeño balde de agua y tortillas de harina embolsada y eso debía durarles entre dos y tres días, mientras caminaban día y noche.

Todas esas condiciones terminan deshumanizando a los propios viajeros, se acostumbran a encontrar un cadáveres en el desierto "es como mirar cualquier cosa". Cuenta que tuvo que presenciar un sinnúmero de restos humanos por todo el camino y, un joven guatemalteco de su grupo, que también pretendía cruzar la frontera, en el trayecto presentó una reacción alérgica, no pudo continuar, y los coyotes se vieron obligados a abandonarlo.

No supo qué pasó con aquél chico, pero está seguro de que no fue nada bueno. Luego de caminar, sufrir hambre y sed, esconderse, esquivar a los agentes y patrullas migratorias estadounidenses, al fin pudieron cruzar el Río Bravo y llegar a Houston.

Al otro lado de la frontera lo esperaba su hermana Deyanira, para emprender el camino hacia La Florida, el Estado en el que reside, donde había formado una vida y le había conseguido un trabajo en construcción, para que empezara a sentirse útil.

El encuentro con ella también fue muy emotivo, era la hermana con la que más había compartido la infancia, él era un año mayor y ella la menor de todos, entonces los lazos afectivos eran muy fuertes.

Deyanira tampoco sabía de la muerte de su madre y al enterarse recibió un golpe muy fuerte, la recordaba y la extrañaba todo el tiempo, pero nunca pudo regresar a verla, ni lo haría. Le preocupaba la salud de su padre, que ya estaba viejo y había trabajado muy duro por ellos, pero hasta ahora empezaba a levantarse en aquél país.

La hermana menor de Alberto había cruzado la frontera muy niña, de la misma forma que lo hizo él, tenía aproximadamente 13 o 14 años y se escapó con su novio de la infancia, aún vivía con él y ya tenían un hijo.

Deyanira nunca le había contado a nadie sobre su trayectoria, pero también fue bastante trágica. La violaron dos veces los coyotes y a su novio lo querían tirar a los rieles del tren, pero les pareció mucho más interesante verlo sufrir mientras abusaban de ella, les producía satisfacción el dolor de los demás.

Al llegar a su destino, Deyanira se sentía ultrajada y duró mucho tiempo sin hablar con nadie. Ella y su esposo tuvieron que vivir en una casa rentada para todos los del grupo migrante, con algunos que ya estaban establecidos allí, pero la convivencia

era muy fuerte, vivían en un vecindario muy pobre, acostumbraban a rentar casas así, por nacionalidades, sobretodo los centroamericanos y vivían hacinados.

Tuvo que salir sola de su depresión, pero el apoyo de su esposo fue vital para recuperarse, en el momento que Alberto llegó, Deyanira trabaja en un asadero de pollos y su situación iba mejorando. Continuaban viviendo en el mismo vecindario, pero ya contaban con un apartamento para ellos solos.

Con el transcurso del tiempo, Alberto fue fijándose propósitos nuevos, adquirió una documentación falsa con un número de seguro social real, que le permitió trabajar bajo el marco legal, pero no era tan fácil, tuvo que enfrentarse en múltiples ocasiones a las autoridades y fingir que todo era muy normal para él.

Hasta que coincidió con un Policía que no creyó en sus papeles, descubrió que todo era falso y se dispuso a llevarlo a la cárcel, pero en el transcurso se dio cuenta de la discapacidad de Alberto y él le contó toda su historia, realmente lo conmovió. Resulta que aquél agente era hijo de migrantes mexicanos, pero nacido allí, por lo que obtuvo la nacionalidad. No era un hombre corrupto, pero entendía la necesidad con la que viven estas personas en sus países de origen, por lo que decidió dejarlo ir.

Hoy Alberto tiene su propia empresa de construcción, se dedica a hacer los acabados de conjuntos residenciales. Conoció a Martha, una colombiana en la misma situación, con la que formó su hogar y tienen dos hijos de 5 y 3 años. Trabaja junto a su hermana, su cuñado y su esposa, también le da la oportunidad a otras personas indocumentadas y le envía mensualmente dinero a su familia en Honduras.

La osadía de desafiar una frontera

Se despertó con un fuerte dolor de cabeza, sentía el ruido de un pito dentro del oído que lo dejaba casi sordo. No entendía qué estaba pasando. Abrió los ojos y se encontró en un lugar extraño, sucio, maloliente, lúgubre. No había un espacio de su cuerpo en el que no sintiera dolor, era como lo hubiese atacado una estampida y no podía ni moverse.

Había perdido la noción del tiempo, pero recordaba que hace unas horas sus emociones estaban al borde del colapso, había sentido un revuelto en el estómago que no lo dejaba ni respirar. Ricardo Rincón tenía dos hijos, Sebastián de diez años y Valentina de cuatro, eran su adoración, junto a Luz, su esposa.

Se había despedido de ellos y de su madre; se le arrugaba el alma por dejarlos, pero a la vez sentía corrientazos de emoción por todo el cuerpo cuando pensaba en darles unas mejores condiciones de vida.

Se había presentado tres veces ante la embajada americana para pedir la Visa y en ninguna había tenido éxito. Dos de sus tíos vivían en Miami hace varios años, Carlos y Juan contaban con documentación legal para trabajar, ellos habían viajado como turistas, pero se casaron allí con ciudadanas americanas y eso les permitió conseguir el estatus de residentes y más adelante, de ciudadanos.

Carlos y Juan viajaban constantemente a Bogotá, siempre llegaban llenos de regalos, dinero e historias que descrestaban a todos los que las oían: los edificios, la playa, los carros, las mujeres, los trabajos, los lujos, todo parecía perfecto y maravilloso en el Estado del Sol. Estaban llenándose de plata y todos en la familia querían seguir sus pasos.

Ricardo estaba desesperado con la situación económica que estaba viviendo y últimamente afrontaba fuertes problemas con Luz. Era mujeriego y no perdía oportunidad para tener aventuras extramatrimoniales, a pesar que decía amar a su esposa. Ella lo perdonó tantas veces que ya había perdido la cuenta, su amor era profundo e incondicional, siempre estaba dispuesta para lo que él necesitara, pero se estaba cansando de la vida que llevaba.

Luz era la programadora de vuelos de Avianca, una ingeniera de sistemas con una carrera exitosa, enamorada de un hombre que ni siquiera había terminado sus estudios básicos. No le importaba, para ella lo más valioso eran los detalles que veía en Ricardo, su caballerosidad, su responsabilidad en el hogar, pues a pesar de no tener una carrera profesional, le gustaba trabajar y siempre respondía por todo en casa.

Se profesaban un amor profundo el uno al otro, estaban juntos hace más de veinte años, se conocieron en el colegio y él la acompañó durante toda su carrera universitaria. Confiesa que siempre tuvo miedo de que ella lo dejara, por no estar a la altura de una mujer tan bella e inteligente.

Pero cada vez que Luz se daba cuenta de que su esposo la engañaba se le partía el alma porque siempre había dado todo por él, le apostó aún cuando sus padres nunca estuvieron de acuerdo con esa relación y ahora tenían una familia juntos, le parecía increíble que para él fuera tan banal la vida que habían construido.

Como Ricardo había fallado tantas veces en el intento de tramitar sus papeles como turista, habló con sus tíos para que lo aconsejaran o le ayudaran a llegar a Estados Unidos. Necesitaba darse un nuevo aire, arreglar sus problemas personales y económicos.

Carlos le propuso pasar la frontera por 'el hueco', ese desierto que cruzan a diario centenares de personas en busca del sueño americano. A Ricardo le parecía una

idea descabellada, si lo hacía de esa forma probablemente nunca podría regresar a Colombia y se enfrentaría a muchos problemas legales.

Estuvo pensándolo por un par de meses y al ver que su situación se encontraba en el mismo punto, en todos los aspectos, decidió hacerlo. Habló con Luz y ella no estuvo de acuerdo, eso significaba que la relación se acabaría, que abandonaría a sus hijos y todo lo que habían construido.

Él le explicó todo lo que lo tenía pensativo, ella sí tenía los papeles disponibles para viajar y eso les facilitaría las cosas. Pero para Luz no era tan sencillo, mucho menos después de todas las cosas que aquejaban su relación, por lo que decidió que cuando se fuera, todo se daría por terminado.

La determinación de Luz fue un fuerte golpe para Ricardo, pero estaba seguro de lo mucho que se amaban y creía que podrían superarlo fácilmente. Así, decidió alistar su equipaje para emprender un viaje que estaba seguro cambiaría el rumbo de su vida.

Su tío Carlos le propuso que tomara un vuelo hasta el México, desde el Distrito Federal podría tomar otro hacia Tijuana, donde lo recogería él en compañía de unos amigos y lo pasarían escondido en el carro en el que cruzarían la frontera. Todo parecía muy fácil, no había forma de algo saliera mal.

Tres meses más tarde había llegado la hora de irse y se preparaba para viajar en la madrugada hacia el país azteca, estaba feliz porque conocería nuevos lugares, pero su alma estaba rota por dejar a sus seres queridos. Lo acompañaron al aeropuerto, Luz no paraba de llorar. Doña Mariana, la madre de Ricardo, con 68 años temblaba por el miedo que le daba pensar en no volver a verlo nunca más, se arrodilló ante él y le rogó para que no se fuera, pero su decisión estaba tomada y nadie lo haría retractarse.

Los pequeños no entendían lo que estaba pasando, estaban desconcertados, pero nadie les explicaba la magnitud de lo que esto significaba, solo veían la tristeza de todos y eso hacía que su llanto se derramara fácilmente, así lo recuerdan Sebastián, a sus 24 años y Valentina con 18.

Las lágrimas abrigaban su mejilla, era el último recuerdo que se llevaría de su familia, no sabía cuándo volvería a verla. La espera del avión le pareció eterna, no entendía por qué no podía compartir con sus seres queridos mientras llegaba la hora de partir. El frío de la soledad lo dominaba, un nudo en la garganta y mil emociones lo invadían.

Al abordar no tenía más que la imagen de la despedida, pero su esposa le había guardado en uno de los bolsillos de su chaqueta marrón algunas fotografías de su matrimonio y otras de los primeros años de cada uno de sus hijos, para que nunca los olvidara. ¿Cómo iba a hacerlo? era la mujer que le había regalado los seres más hermosos, esa pequeña réplica de su existir, su vida entera y para ellos, tenía un amor infinito.

Su madre también le dejó un medallón de la virgen de Chiquinquirá, que aún conserva, estaba bendecido en el hogar de la misma patrona y también le empacó una caja de herpos, de los que más le gustaban, para que tuviera presente el sabor de su tierra, por lo menos por un buen tiempo.

No era nada fácil la situación, sentía la nostalgia más grande, toda esa despedida lo tenía devastado, nunca había imaginado que aquel momento le resutaría así de triste. Siempre había pensado que era un hombre fuerte, con ganas de comerse el mundo y hacía todo para que su familia tuviera mejores condiciones de vida y oportunidades de las que tuvo él; aunque reconocía que siempre estuvo bien, no se quejaba de nada durante su infancia porque su padre siempre se esforzó mucho por él y sus hermanos, y eso lo había llevado a la enfermedad que le causó la muerte.

Don Guillermo había muerto hace dos o tres años por un parkinson y los médicos nunca supieron las causas que lo desencadenaron, pero siempre sospecharon del alto estrés que manejaba en su trabajo como cocinero. Lo cierto es que era el mejor cheff, todos siempre recordaban su deliciosa comida y los exquisitos postres que preparaba. Eso también le haría falta, aunque no estaba su padre, doña Mariana, su madre siempre cocinaba lo que le había enseñado y parecía hecho por la misma mano, tantas cosas que le harían falta de su familia lo tenían pasmado.

Cerca de cinco horas duró el vuelo hasta la capital mexicana, se sentía cansado por el día tan largo que había tenido y sabía que esa madrugada iba a ser difícil de soportar, por lo que decidió descansar un rato y todo lo que había llorado le ayudó bastante.

Lo despertó un auxiliar de vuelo, había llegado a su destino, por ahora. Era una ciudad muy parecida a Bogotá, caótica y llena de personas de todas partes. Decidió tomar un taxi en el aeropuerto y pedirle que lo llevara a un hotel seguro y económico, pues su vuelo hacia Tijuana partiría en dos días.

El taxista era un hombre muy amable, decía ser oriundo de Chiapas y rápidamente se ganó su confianza. Estuvieron charlando durante todo el camino, Ricardo siempre tuvo ese don de ganarse las personas con las que se encontraba, además quería aprovechar su estadía allí para conocer más lugares típicos de la ciudad. Decidió contarle de su plan y él le dijo que tuviera mucho cuidado con lo que hacía, burlar a las autoridades no era tan sencillo como pensaban.

Esto lo dejó muy pensativo, por qué el taxista se inmiscuía y se atrevía a decirle que no era tan fácil como lo pensaban, muchas dudas lo invadieron. Como había dormido durante el vuelo, no sentía cansancio, decidió tomar un baño para refrescarse y salir a conocer esa tierra llena de tanta cultura e historias.

Decidió ir primero a la Basílica de la Virgen de Guadalupe, quedaba un poco lejos de la zona donde se estaba alojando, pero valía la pena, su madre le había pedido

que fuera, conociera, le comprara una medallita para que la hiciera bendecir y cuando se volvieran a ver se la entregara, ella albergaba la esperanza de volver a verlo pronto.

Ricardo así lo hizo, para él y para ella, quería también tener en su poder algo que le permitiera recordar su viaje y que fuera un amuleto, por si lo necesitaba más adelante. En la noche decidió ir a disfrutar del atractivo más representativo de México, o por lo menos el que más le llamaba la atención: la música de mariachi.

Fue una noche que disfrutó bastante, no podía dejar de llorar cuando escuchaba las canciones de despecho y desamor que allí interpretaban. También había mujeres hermosas, las mexicanas de piel canela cautivaban su atención y al escucharlas hablar y cantar lo hacían estremecer, fue una experiencia que lo dejó marcado, con ganas de volver un día, sin tristeza y disfrutar de ese espectáculo.

Mientras tanto, Carlos y Juan se preparaban para tomar rumbo a Tijuana y recoger a Ricardo. Sabían que no era una tarea fácil y tenían que esconderlo muy bien para que no los fueran a 'pillar' y así poder lograr su objetivo.

Al siguiente día, Ricardo nuevamente recorrió las calles del Distrito Federal, en busca de lugares e historias interesantes. Se encontró con comida deliciosa, gente acogedora y lugares paradisíacos que hubiese querido compartir en familia.

Muy temprano, en la mañana siguiente partiría hacia Tijuana, ciudad fronteriza con California, por lo que esta noche no quiso salir, decidió descansar y recibir el viaje con un aire fresco. Se levantó temprano, alistó sus pertenencias, que no eran muchas, pero sí muy importantes y pidió un taxi para el aeropuerto.

Allí sintió una sensación extraña, no estaba seguro de lo que estaba pasando por su cabeza, seguramente algo muy dentro le decía que no se fuera, que volviera a su hogar, pero ya había tomado una decisión y no iba a regresar 'con el rabo entre las piernas'.

Abordó y emprendió el viaje a su nuevo destino. Pasadas dos horas llegó, se bajó del avión, en ese momento lo increparon dos hombres, preguntaban hacia dónde se dirigía y él les dijo que estaba conociendo un poco de esa tierra maravillosa y su cultura, pero los hombres no le creyeron.

Rápidamente lo hicieron dirigirse al 'cuartito' del aeropuerto, ese lugar al que muchos le temen porque es donde las autoridades buscan cargamentos de droga y contrabando, pero Ricardo estaba tranquilo, él no debía nada, ni transportaba ilícitos, lo único que llevaba consigo, era su secreto.

Allí lo tuvieron encerrado por casi ocho horas, durante las que le hicieron un arduo interrogatorio sobre sus intenciones durante el viaje. La policía mexicana no se creía el cuento que un hombre de casi 30 años viajara solo, sin su familia, en un simple plan turístico. Él no hacía otra cosa que repetir lo que le habían dicho que respondiera, en un caso como este, sus familiares en Estados Unidos: "vengo a conocer porque me encantan los mariachis y el tequila. No estoy con mi familia porque soy soltero".

Con el pasar de las horas su nerviosismo iba creciendo, no entendía lo que estaba pasando. Después de las pruebas que le hicieron pensó que lo dejarían salir, pero fue todo lo contrario. No encontrar nada en su cuerpo, ni en su equipaje parecía molestar a los guardias del aeropuerto, cada vez le lanzaban un insulto más fuerte, tenían la xenofobia muy marcada en su carácter, eran de esas personas que piensan que todos los colombianos son narcotraficantes.

Como no pudieron encontrar pruebas en su contra, simplemente lo acusaron de querer cruzar la frontera sin documentos, estaban buscando cualquier excusa para no dejarlo salir de allí y encontraron la verdadera razón. Cuando lo enfrentaron con esa hipótesis Ricardo se alarmó, estaba muy inquieto, no pudo ocultar su nerviosismo y ellos supieron leerlo.

De ese momento solo recuerda que estaba encerrado con tres agentes, sentado en medio de la sala, quienes lo empujaron y empezaron a golpearlo bruscamente hasta que perdió la conciencia.

Luego de eso se despertó y no entendía nada, ni siquiera recordaba los últimos sucesos, que vinieron a manifestarse en su mente tiempo después. Pero no se encontraba en el mismo lugar del interrogatorio, era un sitio mucho peor.

Estaba allí sin ninguna de sus pertenencias, le habían quitado parte de la vestimenta, solo tenía su camiseta y la ropa interior. Le sangraba la cabeza, la nariz y la boca. Estaba adormecido, no acaba de despabilarse. Lo habían dejado solo allí, entonces empezó a gritar pidiendo ayuda, pero pasaron horas y nadie se acercó.

Más tarde le pasaron una taza con agua y un pan, pero a pesar de tener mucha hambre y sed, en las condiciones en las que se encontraba, no podía comer y por eso se ganó otro par de golpes e insultos.

Pasado un rato llegaron un par de federales a decirle que se encontraba en una 'estación migratoria', la prisión de paso en la que retienen a los migrantes que se dirigen hacia los Estados Unidos y, en ese momento, estaba en uno de los calabozos. -"Ni crea que le vamos a llamar un médico, lo que le pasó es poco para lo que sufren los colados como usted"- le dijo uno de los guardias.

A pesar de que le dijeron que solo era un lugar de paso, cuando pudo salir de su encierro y lo llevaron con los demás presos, se encontró con historias de gente que llevaba años allí.

Más adelante, las autoridades le dijeron que tenía que comunicarse con sus familiares para que le compraran un boleto de regreso hacia Colombia, pues eso no lo iba a cubrir el Estado mexicano. Esa era la razón para que la gente continuaba allí, la razón por la que no podían regresar a sus hogares, eran personas humildes,

que habían ahorrado mucho para llegar allí y no contaban con los recursos para pagar otro boleto de avión.

Allí estaban recluidas personas de todas partes del mundo, se había encontrado con muchos latinos, pero también árabes, asiáticos y africanos, que corrían con su misma suerte. Era un lugar muy difícil de sobrellevar, a pesar de que todos estaban en las mismas condiciones, siempre existen personas que quieren sacar provecho de la debilidad de los demás.

Pronto le devolvieron su pantalón, pero le quitaron las medallitas de la virgen de Guadalupe y eso le dolía más que nada, acompañado de ellas podía sentirse un poco más protegido y clamaba a Dios para que un día pudiera entregarsela a su madre.

Pronto lo dejaron hacer la llamada, pero le advirtieron que era la única oportunidad que tenía, si no era exitosa, estaba condenado a quedarse allí por mucho tiempo. Se comunicó con Luz y ella siguió detalladamente sus instrucciones, tenía que comunicarse con la embajada colombiana del Distrito Federal y allí le darían conexión hacia Tijuana, también le dijo que debía conseguir el boleto, no quería estar más allí.

Por más de tres meses, perdió la cuenta, no tuvo noticias de lo que pasaba en Colombia. Mientras tanto, Luz movía cielo y tierra para conseguir un préstamo y comprar el tiquete de regreso, que además debía ser en el horario y en la aerolínea que dispusieran las autoridades.

El tiempo que Ricardo estuvo retenido allí le sirvió para reflexionar sobre su vida y todo lo que lo había llevado a emprender ese viaje. Era un hombre de gran carisma, siempre atrayendo la atención de todo el mundo, cosa que le permitió hacer amigos pronto y estar al margen de las personas con intenciones maliciosas.

Le encantaba la música, nunca estudió nada que tuviera que ver con ella, pero a oído había aprendido a tocar diversos instrumentos y a cantar, como quien tiene en sus venas la vocación. Un día vio que uno de sus compañeros tenía escondida una armónica, se la pidió prestada y empezó a tocarla.

Todos allí hicieron un círculo a su alrededor, hacía tanto tiempo que no escuchaban melodías que les parecía un sonido idílico, luego empezó a cantar y parecía que la energía del lugar se avivaba con su voz.

Gracias a esas habilidades se salvó en varias ocasiones de ser torturado por los 'patrones' y le trajo muchas ventajas. Pasó a ser uno de los privilegiados, ya no dormía en el piso con los demás, ahora tenía una colchoneta con su cobija y aunque no era la más confortable, era mucho mejor que dormir sobre el asfalto.

La comida era otro aspecto que lo hacía sufrir, todos los días les daban tortilla con frijoles en el desayuno, el almuerzo y la cena, acompañada de agua de Jamaica. No quería volver a ver, ni probar nada de eso en su vida. Cuando tenía suerte, uno de los guardias se acercaba a ofrecerles traer comida de afuera para disipar sus ánimos, pero nunca tuvo el dinero para encargarle nada, solo se soñaba comiendo algo que no fuera lo que ofrecía la prisión.

Un día de repente le hicieron un llamado a una de las salas del lugar, allí le explicaron que ya tenía el boleto que su familia había comprado para su regreso. Su reacción ocasionó las burlas de los guardias, pues las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos y eso hizo que nuevamente lo golpearan.

No le importó, llegó a contarle a sus compañeros más cercanos, un colombiano que venía de Barranquilla y un argentino de Mar del Plata. A su compatriota le prometió buscar a su familia para que le ayudaran a regresar, pero al gaucho no pudo garantizarle nada.

Tres días más tarde les regaló su colchón y se dispuso a despedirse, llegaron los guardias y se lo llevaron. La dicha no cabía en su pecho, pero a la vez, se iba con el

alma arrugada de ver la situación en la que se quedaban los reclusos. En el avión solo podía rezar y agradecerle a Dios, deseaba nunca más pisar tierra mexicana.

Al llegar su familia le esperaba en el aeropuerto, no podía parar de llorar y agradecerle a Luz por ser tan incondicional y no olvidarlo, le pidió perdón por las veces que la hizo llorar, por las veces que le rompió el corazón y le juró que nunca más se alejaría de ella.

Nunca pudo encontrar a la familia del barranquillero y eso lo devastaba. Desistió de la idea de viajar a Estados Unidos, no quería pasar por una situación similar y en uno de esos días de recuerdos amargos, mientras contaba su historia, Luz llegó con la noticia de un ascenso, le habían ofrecido irse a coordinar las programadoras de Miami, Fort Lauderdale y Orlando, el Sur de La Florida, con ello le concedieron los papeles como residente y hoy están radicados en Biscayne, una villa de ese Estado.

Recuerda con alegría todas las aventuras que vivió durante ese viaje, pero aún no cambia su perspectiva sobre México y asegura que nunca volverá.